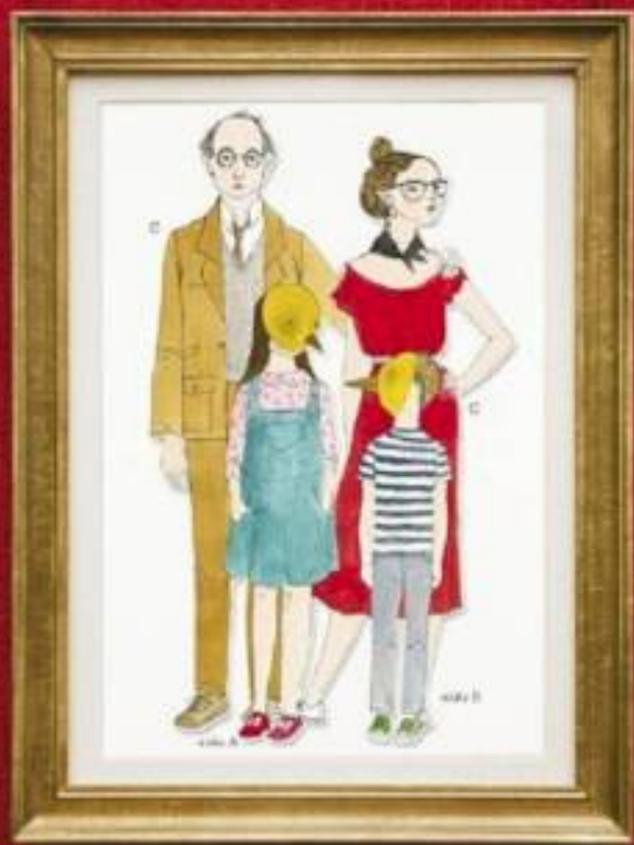


«Divertida, inteligente, conmovedora...

Absolutamente magnífica.»

NICK HORNBY



*La*  
**FAMILIA FANG**

NOVELA

**KEVIN WILSON**



## Annotation

«El señor y la señora Fang lo llamaban arte. Sus hijos, gamberrada.»

La premisa parece una broma: los Fang son una pareja de artistas que se gana la vida haciendo 'performances', y en ellas utilizan a sus dos hijos. Años más tarde, las circunstancias obligan a estos a volver al hogar familiar, y se sorprenden al descubrir que los padres han desaparecido sin dejar rastro. ¿Ha ocurrido algo o se trata de su 'performance' definitiva?

Con la forma de una comedia tremendamente original y provocadora, La familia Fang es una profunda reflexión sobre las familias nucleares, y disfuncionales, y sobre qué ocurre cuando se borra la línea que separa arte y familia. Será difícil no sentirse identificado.

- 
- [KEVIN WILSON](#)
  - [Sinopsis](#)
  - [Kevin Wilson](#)
    - 
    - [Prólogo](#)
    - [1](#)
    - [2](#)
    - [3](#)
    - [4](#)
    - [5](#)
    - [6](#)
    - [7](#)
    - [8](#)
    - [9](#)
    - [10](#)
    - [11](#)

- [12](#)
  - [13](#)
-

**KEVIN WILSON**

*La familia Fang*

*Traducción de Magdalena Palmer*

*Bruguera*

## Sinopsis

«El señor y la señora Fang lo llamaban arte. Sus hijos, gamberrada.»

La premisa parece una broma: los Fang son una pareja de artistas que se gana la vida haciendo 'performances', y en ellas utilizan a sus dos hijos. Años más tarde, las circunstancias obligan a estos a volver al hogar familiar, y se sorprenden al descubrir que los padres han desaparecido sin dejar rastro. ¿Ha ocurrido algo o se trata de su 'performance' definitiva?

Con la forma de una comedia tremendamente original y provocadora, La familia Fang es una profunda reflexión sobre las familias nucleares, y disfuncionales, y sobre qué ocurre cuando se borra la línea que separa arte y familia. Será difícil no sentirse identificado.

Título Original: *The family Fang*

Traductor: Palmer, Magdalena

Autor: Wilson, Kevin

©2011, Bruguera

ISBN: 9788490190302

Generado con: QualityEbook v0.73

# Kevin Wilson

Traducción de Magdalena Palmer

Título original: *The Family Fang*

Traducción: Magdalena Palmer

1.ª edición: marzo 2012

© Kevin Wilson, 2011

© Ediciones B, S. A., 2012

para el sello Bruguera

Consell de Cent 425-427 – 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito Legal: B.10370-2012

ISBN EPUB: 978-84-9019-030-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Leigh Anne*

Es grotesco que sigan queriéndonos,  
sigamos queriéndolos.  
La desfachatez, apenas imaginable,  
de habernos engendrado.  
Y cómo.  
Sus vidas: sin duda,  
podemos hacerlo mejor.

«Padres», WILLIAM MEREDITH

No era real; era un escenario, un escenario demasiado  
teatral.

*In a Lonely Place,*

DOROTHY B. HUGUES

## Prólogo

### *Crimen y castigo, 1985 Artistas: Caleb y Camille Fang*

El señor y la señora Fang lo llamaban arte. Sus hijos, gamberrada.

—Armáis jaleo y después os marcháis —les decía Annie, su hija.

—Es más complicado que eso, cariño —matizó el señor Fang, mientras entregaba información detallada del acontecimiento a cada miembro de la familia—. Pero también hay simplicidad en lo que hacemos.

—Sí, también hay eso —añadió la señora Fang.

Annie y su hermano menor, Buster, no replicaron. Se dirigían a Huntsville, a dos horas de distancia, porque no querían que los reconocieran. El anonimato era un elemento esencial de sus actuaciones; les permitía preparar las escenas sin la intromisión de personas que pudieran esperarse el follón.

Mientras aceleraba por la autopista, ávido de expresarse, el señor Fang miró por el retrovisor a su hijo, de seis años.

—Hijo, ¿quieres que repasemos tus deberes de hoy? ¿Nos aseguramos de que lo has entendido todo?

Buster miró los toscos esbozos a lápiz que su madre le había dibujado en el papel.

—Voy a comer puñados de gominolas y a reír muy fuerte.

El señor Fang, sonriente, asintió con satisfacción:

—Eso es.

Entonces la señora Fang sugirió que Buster arrojase algunas gominolas al aire, lo que les pareció a todos muy buena idea.

—Annie —continuó el señor Fang—, ¿cuál es tu responsabilidad?

Annie miraba por la ventana; contaba los animales muertos que habían pasado, que ya ascendían a cinco.

—Yo soy el topo. Doy el sople al empleado.

El señor Fang volvió a sonreír.

—Y después, ¿qué?

Annie bostezó.

—Me largo.

Cuando llegaron al centro comercial estaban preparados para lo que se avecinaba: la situación que crearían durante un breve momento sería tan extraña que la gente sospecharía haberla soñado.

Los Fang entraron en el concurrido centro comercial y se dispersaron, fingiendo que no se conocían. El señor Fang se sentó en una de las cafeterías y comprobó el enfoque de su diminuta cámara; la escondía tras unas gafas enormes que le provocaban un sarpullido siempre que se las ponía. La señora Fang echó a andar con gran decisión, moviendo los brazos exageradamente para dar la impresión de estar un poco loca. Buster pescó centavos en las fuentes y acabó con los bolsillos empapados pero llenos de monedas. Annie compró un tatuaje adhesivo en un quiosco que vendía baratijas absurdas e inútiles y entró en los aseos para pegarse en el bíceps una calavera con una rosa entre los dientes. Se bajó la manga de la camiseta para ocultar el tatuaje y luego se sentó en uno de los retretes hasta que sonó la alarma del reloj. Era la hora y los cuatro se dirigieron despacio a la tienda de chucherías para aquello que solo ocurriría si cada uno hacía exactamente lo convenido.

Tras cinco minutos de vagar sin rumbo por los pasillos de la tienda, Annie tiró de la camiseta del adolescente que había detrás del mostrador.

—¿Quieres comprar algo, niña? ¿Te alcanzo alguna cosa? Por mí, encantado.

El chico era tan amable que Annie sintió un poco de vergüenza por lo que iba a hacer.

—No soy una acusica —le dijo.

El chico, confundido, se acercó más.

—¿Qué dices, señorita?

—No me gusta acusar a nadie, pero esa mujer está robando chucherías.

Señaló a su madre, que estaba junto a un recipiente de gominolas con una gigantesca pala plateada en la mano.

—¿Esa mujer? —preguntó el chico.

Annie asintió.

—Hoy te has portado muy bien, niña —dijo el empleado, ofreciéndole una piruleta que también era un silbato, antes de dirigirse al encargado.

Annie desenvolvió la piruleta y la masticó, apoyada en el mostrador; los pedazos de azúcar le arañaron el interior de la boca. En cuanto la terminó, cogió otra del expositor y se la guardó en el bolsillo, para más tarde. Cuando el encargado y el empleado regresaron de la trastienda, ella se marchó sin volver la vista atrás, segura de la escena que tendría lugar.

La señora Fang llenó su quinta bolsa de gominolas y miró cautelosamente a su alrededor antes de guardársela con las otras, debajo de la chaqueta. Devolvió la pala a su sitio y silbó mientras enfilaba el pasillo, rumbo a la salida de la tienda. Entonces notó una mano en el brazo y oyó una voz que le decía:

—Perdone, señora, pero creo que tenemos un proble-milla.

Aunque después se sentiría decepcionada, permitió que un atisbo de sonrisa le asomara al rostro.

El señor Fang vio que su esposa meneaba la cabeza con incredulidad mientras el encargado señalaba los ridículos bultos de sus ropas, el robo tan mal oculto que hacía aún más absurda la situación.

Entonces su mujer gritó:

—¡Soy diabética, por el amor de Dios! ¡Ni siquiera puedo comer dulces!

Llegado este punto, varios clientes de la tienda se interesaron por el alboroto. El señor Fang se acercó cuanto podía a la acción, precisamente cuando su mujer gritaba:

—¡Esto es inconstitucional! Mi padre juega al golf con el gobernador. Yo le...

Y entonces, tras un sutil cambio de postura de la señora Fang, las bolsas de gominolas se abrieron.

Buster se adelantó a su padre y se acercó a admirar la lluvia de gominolas que caía de los bolsillos de su madre y repiqueteaba en el suelo de la tienda. Se arrodilló a los pies de la señora Fang y gritó «¡golosinas gratis!», mientras se las metía en la boca a puñados. Otros dos niños se instalaron a su lado, como si la madre fuese una piñata recién abierta, y buscaron su ración de golosinas, al tiempo que Buster se echaba a reír con una voz ronca que sonaba a persona mucho mayor. Una multitud de veinte personas ya se había congregado y su madre empezó a sollozar.

—No puedo volver a la cárcel —gritó.

Buster se levantó entre el mar de gominolas y echó a correr. Reparó en que había olvidado arrojar las golosinas por los aires y supo que se lo recordarían más tarde, cuando la familia se reuniese para discutir el éxito del *happening*.

Treinta minutos después, los hermanos Fang se encontraron en las fuentes y esperaron a que su madre se escabulliese de las consecuencias de su ridícula acción. Seguramente el personal de seguridad la retendría hasta que su padre los convenciese de que la soltaran. Les mostraría su currículum, los recortes del *New York Times* y *ArtForum*. Les diría cosas como «acción artística pública», «espontaneidad coreografiada» y «vida real al cuadrado». Pagarían las golosinas y probablemente les prohibirían entrar al centro comercial. Esa noche volverían a casa, cenarían e imaginarían todo lo que los clientes del centro comercial conta-

rían a sus amigos y familiares acerca del singular y hermoso acontecimiento de esa tarde.

—¿Y si los meten en la cárcel? —preguntó Buster a su hermana.

Ella pareció considerarlo y después dijo con indiferencia:

—Volveremos a casa en autostop y esperaremos a que escapen.

Buster coincidió en que era un plan de lo más sensato.

—O —propuso— podríamos vivir aquí, en el centro comercial, y papá y mamá no sabrían dónde encontrarnos.

Annie meneó la cabeza.

—Nos necesitan. Nada funciona sin nosotros.

Buster se vació los bolsillos de los centavos que había pescado antes y los dividió en dos montones iguales; después su hermana y él se turnaron para arrojarlos de nuevo a la fuente. Ambos pidieron deseos que, esperaban, fuesen lo bastante modestos para hacerse realidad.

## Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Citas

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Agradecimientos

## 1

EN cuanto Annie entró en el plató, alguien le comunicó que tendría que quitarse la camiseta.

—¿Qué? —dijo Annie.

—Sí —siguió la mujer—, haremos esta toma sin camiseta.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Janey —respondió la mujer.

—No —dijo Annie, sintiéndose como si hubiese entrado en el plató equivocado—. ¿De qué trabajas en la película?

—Superviso el guion. Hemos hablado varias veces. Hace unos días te conté lo de esa vez que mi tío intentó besarme, ¿te acuerdas?

Annie no lo recordaba en absoluto.

—Con que supervisas el guion.

Janey asintió sonriendo.

—Mi copia del guion no menciona ningún desnudo en esta escena.

—Bueno, tiene un final abierto, creo —reflexionó Janey—. Alguien lo decidió así.

—Nadie me dijo nada cuando ensayábamos.

Janey se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y Freeman ha dicho que tengo que quitarme la camiseta? —preguntó Annie.

—Oh, sí. Lo primero que ha hecho esta mañana ha sido acercarse y decirme: «Dile a Annie que tiene que aparecer en *topless* en la siguiente toma.»

—¿Dónde está Freeman ahora?

Janey miró a su alrededor.

—Dijo que iba a buscar a alguien para procurarse un tipo muy concreto de sándwich.